

mision. Su patriarca, reducido al estado deplorable en que se hallaban todos aquellos gefes de la gerarquía, tan florecientes en otro tiempo bajo el gobierno romano, y destituido de los medios necesarios para presentarse del modo que convenia á su dignidad, envió en su lugar á Andrés, abad del monasterio llamado especialmente de San Antonio, porque habia muerto en él este Santo. Llevaba comision para recibir con respeto la doctrina de la santa Iglesia romana, y conservarla fielmente, para que publicada en su patria la recibiesen todos. El patriarca le entregó la carta siguiente, en que parece temer que todo el énfasis del estilo oriental no bastase para expresar la viveza de sus sentimientos con respecto al Papa:

«Juan, siervo indigno de los siervos de Jesucristo, obispo de la Silla de San Marcos, de la grande Alejandría, y de todo el Egipto, de la Libia, de Etiopia, del Africa occidental, y generalmente de toda la mision del Santo Evangelista: despues de haber pedido al Señor el perdon de mis pecados, me postro hasta la tierra en vuestra presencia, sapientísimo y santísimo Padre, señor Eugenio, Papa de la gran Roma, sacerdote y pastor por escelencia, guia seguro, cuyas lecciones y ejemplos señalan el camino del cielo á todos aquellos que peregrinan en las sombras de este siglo; Gefe apostólico de todas las iglesias cristianas, príncipe único y venerable de todos los príncipes constituidos en las demas Sillas: confirme para siempre el Eterno la estabilidad de vuestro trono, y dirija tan perfectamente con vuestra sabiduria, como con la estrella que apareció á los magos, su inmenso rebaño, que ninguno de los que oigan vuestra voz deje de seguirla. Despues de estos homenajes, el patriarca informa al Sumo Pontífice de la comision que habia dado al abad que representaba su

persona. No hubo dificultad en hacer que se conviniesen unas gentes tan bien dispuestas. Andrés adoptó en nombre de su patriarca y de todos los jacobitas cuanto creia y enseñaba la Iglesia romana, reprobó del mismo modo todo lo que ella reprobaba, y se formó el acta en árabe y en latin (1441).

El emperador de Etiopia ó de Abisinia, llamado Zarah, escribió tambien al Papa Eugenio, y le envió sus cartas con un abad de los etiopes llamado Nicodemus. Manifestaba tanto celo por la union, que pensaba ir él mismo á Roma para abrazarle en persona, lo que no llegó á verificarse. Todo este fervor, tan fácil de evaporarse como de inflamarse, nos da á entender cuán escasa era la medida del cristianismo que conservaban ya aquellos extranjeros inconstantes despues de su antiguo rompimiento con el centro de la unidad.

Filoteo, patriarca melquita de Alejandría, no dejó tampoco de escribir al Papa en unas circunstancias tan oportunas para despertar el entusiasmo. Le prodigó los títulos honoríficos con la misma profusion que el jacobita. Le llamó hombre celestial y ángel terrestre, no menos revestido de la divina gracia que de los ornamentos pontificios; Gefe divino de todas las Iglesias, sucesor de Pedro, y piedra inmóvil de la fé; y aplaudió la union en términos igualmente pomposos, confirmandola luego que llegó á su noticia (1). Añade que escribe al emperador y á los principales preladados de Constantinopla, á fin de tratar como herejes y como objetos de anatema á los que no la admitieren. Pero no tardaremos mucho en ver á estos ardientes africanos, y en general á todos los orientales, entregados otra vez con igual teson y empeño al cisma de la Grecia.

Estos peligros futuros no impedían al

(1) Conc. t. 13, p. 1174.

Papa Eugenio hacer el bien presente, á pesar de cuantos obstáculos y dificultades encontraba en Basilea. Pero los individuos de este conciliábulo, á fuerza de faltar al respeto que debian al Papa, se acostumbraron á reverenciar poco el pontificado en el mismo sugeto á quien pretendian haberle conferido. No permitian que sus decretos se publicasen en nombre de Felix, y le tenian en una dependencia continua. Habiendo resuelto el emperador y el cuerpo germánico en una dieta celebrada en Francfort, congregar un nuevo concilio, la asamblea de Basilea prometió que no presidiria en él su antipapa, y que se procederia en todo como antes de su eleccion (1). Quejábase Felix de que en vez de proporcionarle todas las ventajas que se le habian prometido, le obligaban á consumir la herencia de sus padres para sostener su obediencia. Pero el emperador no desistia del proyecto de un nuevo concilio. Despues de haber conferenciado acerca de este punto, por medio de enviados reciprocos, con el Papa Eugenio y con la asamblea de Basilea, pasó cerca de esta ciudad, al regresar para sus Estados, sin querer entrar en ella, porque ponian allí alguna dificultad en acceder á sus designios. Envió embajadores para que le llevasen una respuesta decisiva, y no ocultó que trataba con Eugenio como con el verdadero Pontífice romano, y que opinaban ya cinco electores por la cesacion de su neutralidad entre Roma y Basilea. El temor y el interés produjeron el efecto que no habia podido conseguirse con tantos motivos de la mayor importancia, y se dió á César la obediencia que por tanto tiempo se negaba á Dios y á su Vicario. Entonces entró el emperador en Basilea, á fin de consolidar lo que se habia determinado, y es de notar que no tributó á Felix los honores debidos al Sumo Pontífice. Salió

de allí inmediatamente despues, y desde entonces se disipó casi de todo punto el conciliábulo de Basilea. Se retiró tambien Felix, y fué á establecerse en Lausana con una parte de sus cardenales.

Eugenio, que el dia 26 de abril de este año 1442, en la quinta y última sesion celebrada en Florencia despues de la salida de los griegos, habia trasladado este concilio á Roma; este hábil y magnánimo Pontífice respondió al emperador con la dignidad que convenia á la verdadera Cabeza de la Iglesia, que luego que estuviese en aquella ciudad juntaria el mayor número posible de preladados para examinar si era oportuna la celebracion de otro concilio, y que despues enviaria legados á Alemania para deliberar sobre este punto con el emperador y con los príncipes del imperio: que segun á él le parecia nada podria adelantarse, á no ser que la Alemania abandonase una neutralidad inconciliable con los verdaderos principios de la fé, y volviese á su antiguo respeto para con la Santa Sede: conducta que bastaria por sí sola para restablecer la paz de la Iglesia; y que si se tomaba este partido, procederia con mucho gusto á celebrar un nuevo concilio, con el beneplácito de los reyes y demas príncipes que no habian vacilado en su sumision religiosa. Eugenio pasó en Florencia el resto del año y los dos primeros meses del siguiente, pero no se tuvieron mas sesiones ni congregaciones sinódicas; y desde entonces pudo considerarse como concluido este concilio, aunque trasladado á Roma, donde solo se celebró una sesion de poco interés para los asuntos generales de la Iglesia.

Dos concilios celebrados á un mismo tiempo y contrarios entre sí, presentan sin duda un grandé escándalo en la Iglesia cristiana, en la que su Fundador adorable no imprimió otra señal ó carácter mas propio y mas divino que el de la unidad. Esta difi-

(1) Cochl. hist. Rus. l. 9.

